

XIII

UN HÉROE.

Era el comienzo de la primavera, unos meses después del último viaje de Antonín á París. El buen muchacho había pasado un mes de Abril de rudo trabajo y de grandes ilusiones en medio de sus dinamos, de la bruma amarillenta del Támesis y del rumor del agua bajo el trepidante taller. Á pesar del mal número que había sacado en el sorteo, sus amigos de París le escribían con mucha seguridad que sería exento del servicio militar á causa de su tartamudeo y de su debilidad de la vista... y el joven había acabado por creerlo, hasta que en aquella mañana, una horrible mañana de un Abril lluvioso y negro, volvió del juicio de exenciones y entró en casa de su familia diciendo con desolación : « Útil para el servicio. »

Decididamente, si el comerciante de felicidad de que ya he hablado hubiese pasado aquel día por delante del almacén de la *Lámpara maravillosa*, tampoco le hubieran dado ganas de instalarse en él. Tan triste era ver á través de los altos escaparates, relucientes de lluvia, en los que los globos azules, rosa y verdes parecían pedazos rotos de arco iris, á la madre sepultada en el escritorio y engañando su pena con compresas de agua

sedativa, á Tonín sentado enfrente de ella, pensando con espanto que le esperaban cinco años de servicio en la infantería de marina, á donde le destinaba su mal número, y hasta á la pequeña Dina, que ante la idea de estar tanto tiempo privada de aquel hermano al que adoraba y á quien confiaba su corazón entero, acababa de ser acometida por un acceso de cólera y estaba todavía nerviosa y agitada...

¿Qué iba á ser de ellas, Dios mío, sin el calor de aquella noble sonrisa de Tonín y sin toda la ternura y todo el apoyo que se desprendían de aquellos ojillos sin pestañas?... Y para colmo de desdichas, su Claudio, del que no había tenido noticias hacía más de un mes ni sabía nada sino que ya no estaba en la Engadine. ¡Pobre Dina! Mucho valor necesitaba, mucha fe en sus medallas y mucha fuerza de voluntad para volver á tomar el gusto á la existencia y asistir á la oficina como todos los días, con todas sus tristezas y con aquel cielo negro y aquellas calles enfangadas por las que oía gritar á los vendedores de periódicos, mientras se ponía los guantes y el sombrero delante del espejo:

« El *Matín* con la caída del ministerio... Los últimos momentos del gabinete Valfón...

Á Dina le era absolutamente indiferente la caída del ministerio, pero el nombre de Valfón evocaba en ella el recuerdo de aquel minué de fantasmas, de aquella velada inolvidable. ¡Oh! Los marqueses y los pastores, los rasos y las cayadas, y aquella hermosa Florencia Marqués desaparecida tan misteriosamente y á la que habían llevado al cementerio en un carro fúnebre colmado de blancas rosas y tirado por caballos blancos en un día del pasado invierno en que había caído tanta

nieve. Dina sacudió sus rubios bucles, como para ahuyentar esas apariciones y dijo poniéndose el saquito debajo del brazo:

— Hasta la noche, mamá. ¿Vienes por mi camino, Tonín?

No, Tonín no tenía tiempo para acompañarla. Tenía que ver á unos clientes de su casa de Londres y que encargar unos aparatos para la de París. Después, almorzar con su principal, el señor Cornat, y subir un momento á casa de su hermano mayor para darle la mala noticia... Era más de lo que podía hacer en todo el día.

La pequeña se detuvo con la mano en la puerta.

— Es gracioso, después de todo, que yo no pueda ir también á ver á Raimundo porque él recibe ciertas personas;... yo, que me tomé tanto trabajo para coserle las cortinas y vestirle el tocador. Ahora, se prohíbe mirar...

Por sus ojos azules pasó una ráfaga de alegría.

— Tú has debido encontrar en su casa esas interesantes individuos, Tonín. Dime, ¿tienen al menos buena presencia?

La señora Eudeline se creyó en el caso de llamarla al orden y dijo ahuecando la voz:

— ¡Dina!

Pero la puerta estaba ya cerrada y el lindo sombrillo y el saco en camino para la oficina central.

« La caída del ministerio... Últimas noticias del ministerio Valfón... » gritaban por todas partes los destrozados vendedores. Y la telegrafista iba pensando al atravesar el ancho *boulevard Saint-Germain*, por el que corría á mares la lluvia: « Yo sé de uno que deseaba

la caída del ministerio y que debe alegrarse de este desquite de la injusticia que cometieron con él los Valfón y los Javel poniéndole en la calle... como si sobraran las personas honradas en el servicio del Estado. » Esto se decía la joven, cuando precisamente por su misma acera vió venir por el lado del palacio Borbón á la persona de que se trataba, fácil de conocer á lo lejos por su talle corto y rechoncho, por sus anchos pantalones á lo húsar, que nadie llevaba ya más que él hacía mucho tiempo, y por la larga barba blanca que en aquellos tiempos no tenía otra rival que la del pintor Meissonnier...

Pues bien, no. Pedro Izoard tenía un aspecto extraño aquella mañana, pero la caída del ministerio no influyó en su exaltación, que no tenía nada de alegre, puesto que el hombre al andar hacía gestos furiosos y manifestaba una violencia que Dina no le había nunca conocido. El buen señor pasó á su lado sin verla y sin detenerse. Todo el mundo se volvía á mirar á aquel hombrecillo que hablaba en voz alta, presa de la más grande agitación. ¿Qué le había sucedido al padre de Genoveva? ¿Era que el fin de la legislatura se aproximaba y con él el momento de que el antiguo taquígrafo dejase su empleo y se marchase del palacio Borbón en el que vivía hacía veinte años? ¡Cómo cambia todo y qué llena está la vida de emboscadas y de sorpresas! Dina se acordaba de las hermosas tardes que en otro tiempo pasaba con la *tiita* en la casa del patio Sully. ¿Se podía imaginar un interior más dulce y más templado ni una unión más sincera que la de aquel padre con su hija? Ahora cuando se iba á verlos se les encontraba violentos, alejados el uno del otro y pronto su

malestar se transmitía al visitante. ¿ Por qué? ¿ Era aquella una ley de la existencia? ¿ Es que la edad nos transforma fatalmente y nos hace volvernos más sombríos y más ásperos? ¿ Ó somos sencillamente juguete de las circunstancias?

Corriendo y filosofando de este modo la telegrafista llegó á la esquina de la calle de Grenelle, casi enfrente de la oficina central. Un coche propio estaba parado á la puerta. El mozo de la oficina, que estaba respetuosamente parado al lado del coche con la gorra galonada en la mano, en cuanto vió aparecer á Dina se la señaló á un señor viejo pintado de joven, muy alto, muy seco, con la barba y las cejas demasiado negras y los ojos demasiado brillantes, que se bajó con presteza de la berlina y salió al encuentro de la joven. La miró un momento con atención como si estuviese inspeccionando una pieza de seda, hizo dos ó tres veces con la lengua un ruido de admiración inteligente y dijo presentándose:

— Señorita, soy su padre... Tony Jacquand, senador por Lyon... Claudio está en París y desea ver á usted... lo que me explico perfectamente, sobre todo desde hace dos minutos... Me la llevo á usted á la calle de Cambón... Venga usted conmigo, si así lo tiene á bien.

En la oficina central se oía el campanileo del relevo del personal. El portal era un hormiguero de empleados que se cruzaban presurosos, y todos al pasar, sobre todo las mujeres, miraban á aquella pequeña Eudeline á la que venían á buscar senadores en coche. Aquel día, hasta bien entrada la noche, las salas, el lavabo y el vestuario estuvieron en movimiento á consecuencia de aquella visita.

Sola en el coche con aquel viejo libertino de ojos de

diablo, cuyas piernas ocupaban todo el interior de la berlina, otra que nuestra telegrafista hubiera tenido miedo; pero aquella pequeña idólatra tenía fe en sus amuletos é iba radiante de inocente alegría.

— ¡ Oh! señor, se lo ruego; dígame usted cómo está.

Era su pregunta tan recta y tan pura su entonación, que tocado en el corazón, el padre, respondió espontáneamente:

— Mejor, mucho mejor, hija mía; le creo salvado.

Pero en seguida se contuvo lleno de desconfianza.

— Debo prevenir á usted que para asegurar y completar la curación hay que contar con diez y ocho meses ó dos años. Tendrá usted, pues, que esperar todo ese tiempo para casarse, ¿ entiende usted, señorita?

Diez años si era preciso, siempre que se le proporcionase de vez en cuando una entrevista deliciosa, como aquella.

Cuando llegó á la calle de Cambón, Dina vió á Claudio sentado á la luz de una ventana, con una manta de viaje sobre las rodillas, los codos apoyados en los brazos del sillón y reclinada en una mano la cabeza, que hacían aparecer más pálida los dos grandes pinos del otro lado de la calle. Le pareció muy delgado, los ojos y la frente más grandes y observó en él ese pliegue de resignación con que sella el semblante de los jóvenes un largo sufrimiento. El joven juntó las manos al verla y exclamó en un acceso de alegría:

— ¡ Padre mío, qué bonita es!

Dina se puso de un salto arrodillada al lado suyo, apretada, incrustada contra el sillón, mientras Tony Jacquand se instalaba junto á la otra ventana, delante de un velador cargado de periódicos y decía á los

enamorados con su acento lionés, pesado y dulzón :

— Los periódicos vienen hoy muy interesantes. Voy á leerlos durante una hora. Tenéis, pues, una hora justa para contaros vuestras cuitas. En seguida, llevaré á esta señorita á su oficina é iré á hacer una visita á la señora Eudeline. Y añadió volviéndose hacia ellos : Pero ya lo sabéis, muchachos ; dentro de dos años.

— Sí, padre mío, dentro de dos años.

Sin volverse á ocupar los unos de los otros, el antiguo fabricante de sederías se puso á susurrar en alta voz los periódicos para comprender mejor lo que leía y los jóvenes á decirse las hermosas cuitas que tenían guardadas hacia tanto tiempo, de donde resultó un dúo de política y de amor parecido al que bajo sus ventanas estaba entablado entre el gorjeo de los jilgueros y de los mirlos del jardín de enfrente y el grito de los vendedores de la calle :

« La caída del ministerio... Último día del gobierno Valfón... »

Aquel clamor, paseado por París durante toda la mañana, llenaba con su eco todos los barrios y todos los pisos. En el almuerzo de Esprit Cornat, en casa de todos los clientes á quienes Antonín visitó aquel día, el muchacho no oyó hablar más que de aquella caída ministerial anunciada tan ruidosa y solemnemente. Cuando llegó á casa de Raimundo, estaba éste declamando sobre el acontecimiento del día mientras acababa de vestirse y dando paseos desde el cuarto tocador hasta el salón, donde ló estaban esperando dos e tres tipos famélicos que no tenían, ni mucho menos el atavío correcto ni el lenguaje pretencioso de los *Voraces*.

El mayor de los Eudeline ofreció complacientemente una mejilla á su hermano y sin tomarse la pena de presentarle, reanudó la frase y el ademán que su llegada había interrumpido :

— No lo den ustedes vueltas, señores ; esa cuestión de los traficantes clandestinos del alcohol, que ha costado la vida al ministerio, es de las más graves. Esta vez parece que esos tunantes tenían el derecho de su parte, pero más vale, después de todo, dejar que las personas honradas se encarguen de las buenas faenas. Si alguna vez llego á entrar en la Cámara...

— Tus guantes, amigo mío... dijo Genoveva aproximándose al orador con un peinador de lana y sus hermosas trenzas mal peinadas y demasiado pesadas para aquella cabecita. « ¿Sabes lo que le sucede á tu hermano...? » continuó diciendo en voz baja.

Durante un minuto que duró aquella conversación, Antonín, que los estaba mirando tímido y de pie en un rincón de la sala, observó la expresión cansada y el tinte de desanimación, rayana en el sufrimiento, que presentaba la joven, á la que había dejado radiante de salud en su último viaje. El hermano mayor, siempre soberbio con su cutis de sol y sus bucles dorados, había adquirido en su aspecto un matiz cínico y descuidado y su modo de hablar no era ya el mismo. Se acercó á Tonín y le puso un brazo protector encima del hombro.

— ¡Conque ya estás hecho un *sorche*, mi pobre Tonín ! En fin, ¿qué quieres ? Cinco años pronto se pasan.

Tonín empezó á tomar carrera para responder : « Sobre todo si yo sé que estás cerca de nuestra madre, Raimundo. » Pero no tuvo tiempo, porque su hermano había tomado la puerta seguido por sus dos visitantes

y por el melancólico « hasta luego » de su amiga.

— Sí... sí... hasta luego, dijo el lindo mancebo con cierto aire de fastidio.

Ya solos, Tonín preguntó á la *titta* si su hermano tenía algún disgusto, pues le encontraba muy cambiado.

— No, nada, te lo aseguro. Raimundo está como siempre.

Pero el muchacho sabía á qué atenerse y continuó :

— ¿Es que la *Familia francesa* no marcha? Me parece que no se ha hablado mucho de tal libro.

La *titta* no quería convenir en ello. La obra había hecho mucho ruido, por el contrario. Para un principiante no se podía esperar éxito mejor. Era una ilusión creer que la primera obra de un autor desconocido produciría mucho dinero. En este punto, el pobre Raimundo, siempre preocupado por sus responsabilidades, había sufrido una cruel decepción. Por fortuna, aquello se había acabado completamente y ya no se pensaba en semejante cosa.

— Pues qué, ¿ha renunciado á la literatura? dijo Tonín. Veo ahí encima un montón de libros de ciencia. Y su ademán asombrado señalaba á la mesa del centro de la sala cargada de libretos de medicina...

Genoveva confesó, un poco cortada, que en efecto, Raimundo había renunciado por el momento á sus trabajos literarios, nada más que por el momento... « El camino está demasiado lleno, ¿comprendes? En las letras entra todo el que quiere. No hay aduana ni vigilancia, y en cambio es profesión que está llena de envidiosos y de malévolos. Yo me he alegrado mucho de verle emprender la medicina... »

Tonín opinó que, en efecto, la idea era excelente.

— Raimundo ha emprendido esos estudios con gran valor y se ha sobrepuesto á la repugnancia que siempre le causan la fealdad y las enfermedades.

— Él es tan guapo, dijo suspirando el hermano menor. Genoveva siguió hablando.

— Yo soy testigo de los esfuerzos que ha hecho, pero realmente la anatomía le desanimaba mucho y no ha podido con ella.

Tonín la miró con estupor y dijo dejando caer los brazos con desanimación :

— Verdaderamente, si no podía...

— Hace algunos días se ha metido en la política... Tiene aplomo y una voz de muy buen timbre... Mientras hablaba, Genoveva se levantó para abrir las ventanas de la sala, que estaba saturada de un fuerte olor de pipa por las visitas de por la mañana... Se trata de elegir un concejal en Charonne y le han pedido que se presente. Pero eso va á exigir mucho tiempo y mucho dinero.

Antonín balbuceó ruborizándose :

— No debéis andar bien de dinero. Los adelantos del... en fin... del... pues, deben haberse gastado hace mucho tiempo.

— ¡ Oh ! no ; todavía no.

Hubo entre ellos un momento de silencio y de confusión, como siempre que se suscitaba aquella cuestión de dinero.

De repente llamaron con violencia á la puerta de la escalera. Era Sofia Castagnozoff con los anteojos torcidos y con sus cabellos de ahogada pegados á la cara. Al entrar tiró sobre la mesa el sombrero reluciente de lluvia y se echó en los brazos de su amiga.

— ¿ No está Raimundo ? Entonces te abrazo á ti en

su lugar y te pido perdón y á Tonín al mismo tiempo puesto que tengo la suerte de encontrarle aquí.

Genoveva muy fría, quiso esquivarse, pero el cosaco no se dejó vencer.

— Déjame tranquila, ten la bondad. No creo que vas á hacer la orgullosa con tu antigua amiga Casta. Pues bien, sí, estaba engañada; Raimundo es un buen muchacho, incapaz de la acción de que yo le acusaba. Conozco al delator, al que entregó á Lupniak á la policía. Él mismo ha venido á buscarme para hacer lo que yo hago ahora, pedir perdón. Pero hablaremos de eso luego. Por el momento tenemos que ocuparnos en cosas más urgentes.

Respiró fuertemente, sofocada por la emoción y por los cuatro tramos de escalera, y dió después la terrible noticia. Dentro de una hora, antes probablemente, Pedro Izoard estaría allí.

Genoveva, espantada, se apoyó con las dos manos en la mesa.

— ¡Mi padre!...

Tonín trató de tranquilizarla. ¿Pero era seguro? ¿Cómo lo sabía Casta?

— ¿Que cómo lo sé? Pues por su hermana de usted, querido Tonín; por esa excelente Dina en cuya casa ha estado Izoard, y que aun estando ella misma muy apenada por lo que sabréis después, ha pensado en prevenirnos del peligro que os amenaza. Parece ser que una carta anónima ha advertido al buen señor que su hija no trabaja en casa de Sofía de Castagnozoff y le ha dicho que si quería saber dónde y cómo pasaba su tiempo, no tenía más que ir al *boulevard Saint-Germain* número uno, piso cuarto del centro.

Genoveva murmuró en el tono de la más grande desesperación:

— Si es así, no me queda nada que hacer.

— Nada tienes que hacer, en efecto, repitió la rusa, pero con un acento enteramente distinto... Tu padre va á venir y te encontrará en mi casa, trabajando conmigo... Aquí nuestra mesa... nuestros libros... Precisamente hay dos sillas junto á la mesa... Si pregunta en la portería antes de subir, la señora Alcide, que ha recibido mis instrucciones, le contestará como conviene, y si sube en derechura, yo me encargo de hablar con él.

Antonín, que miraba con terror los muebles y las cortinas para ver si descubría algún detalle comprometedor, preguntó como atacado por una repentina desconfianza:

— Pero, entonces, el señor Izoard no sabe que Raimundo vive aquí?

— Seguramente no ha venido jamás, contestó con viveza Sofía. Hace mucho tiempo que no se trata con tu hermano mayor. ¡Le guarda tal rencor por su libro y por sus relaciones con la señora de... Iba á decir Valfón, pero se arrepintió á tiempo. En resumen, dejadme hacer. He podido más que los jueces de instrucción, que son mucho más agudos que Pedro Izoard. Os juro que no le temo.

Genoveva hizo un movimiento de protesta y de repugnancia.

— No, no, gracias. Basta ya de mentiras, no quiero más. La vida que hago me resulta odiosa... Soy, en primer lugar, muy torpe para mentir y esto va durando mucho tiempo... Ese pobre hombre que no tiene quien

le ame si no soy yo, y á quien he condenado á una desconfianza eterna... A veces, no parece sino que quiere él mismo evitarme el trabajo y la vergüenza de mentir, pues cuando entro y cuando salgo no me pregunta siquiera de dónde vengo ó á dónde voy... Vivimos como dos extraños... ¡Ah! Mucho trabajo costaría á ustedes conocer nuestra casita de Morangis, tan alegre y tan cordial en otro tiempo. Allí no se habla, porque nada tenemos que decirnos, y apenas nos atrevemos á mirarnos... Estamos hace tanto tiempo en continua lucha... ¡Que venga, Dios mío, y que esto acabe de una vez!...

— Estás loca... Sería capaz de matarte... El cosaco había dado un salto poniéndose sus cabellos de muchacho detrás de la oreja... Ya conoces á ese viejo romano muy orgulloso de su Virginia y que se cree con derecho de vida ó muerte sobre ella...

¡Oh! qué horrible sonrisa la de Genoveva...

— Me matará... ¿Y qué?

Sofía contestó indignada.

— ¡Y qué! Bien sabes que el pobre viejo no podría sobrevivirte... ¿Y tu Raimundo, qué quieres que hiciera sin tí? Además hay otras personas que te aman...

— ¡Oh! sí, suspiró el bueno de Tonín prorrumpiendo en un sollozo comprimido que sonó como la cadena de un ancla al rozar con las piedras.

Genoveva movió la cabeza tristemente.

— Pero en fin, si consigo ocultarle hoy la verdad y todavía durante algún tiempo, siempre será preciso que la conozca... Vendrá un momento...

Y Genoveva hizo un ademán vago, como una mirada de lástima de sí misma, que Sofía comprendió solamente.

— ¡Ah! la bestia humana... dijo muy bajo con profunda emoción. Bien te lo había advertido, sin embargo; bien te había mostrado el callejón sin salida en que ibas á meterte... En fin, no importa, tenemos aún cuatro ó cinco meses por delante... Ya nos las compondremos... Ahora á lo más urgente. Tonín va á bajar y á instalarse en casa de los Alcide. Están avisados, pero pudiera ocurrir que una torpeza, un exceso de celo, uno de esos casos imprevistos...

— Comprendido, el... pues... allí estaré yo.

El joven echó á correr hacia la puerta de la escalera, pero Sofía le detuvo:

— Una idea,... espere usted...

Los ojillos de la esclava relucían de inteligencia y de astucia. Sacó del bolsillo una tarjeta:

DOCTORA SOFÍA CASTAGNOZOFF

Antigua interna de los hospitales de París

Fundadora de la Obra de los niños enfermos.

Tonín no tenía más que clavar esta tarjeta en la puerta al marcharse. Aquella sería una prueba más.

Genoveva esperó que el hermano de Raimundo hubiera salido, y dijo muy pálida y con su hermoso acento de formalidad:

— Sofía, te lo ruego, no me hagas intervenir en tu comedia. Tengo el corazón lleno de lágrimas... No sabría hacer mi triste papel.

Esta hizo sonar dos grandes besos de ama de cría en las mejillas de su amiga y dijo empujándola por los hombros:

— No tengo necesidad de ti, querida mía. Vete á tu cuarto.

Hacia un instante que la *titta* estaba en su habitación, cuando sonó en la escalera la hueca y sonora voz de vibraciones de cobre de Pedro Izoard, que estaba dando las gracias á la señora Alcide por haber subido á abrirle la puerta. La portera le respondió con su entonación de barrios bajos :

— No hay de qué, caballero. Lo he hecho por no molestar á mi inquilino.

El padre de Genoveva entró con aire de duda, exhibiendo una cómica fisonomía de doble sistema, á la vez lastimosa y regocijada ; pero si al entrar guardaba todavía alguna sospecha, la tranquila acogida de Sofia Castagnozoff sentada á su mesa de trabajo entre sus libretes de medicina y de farmacia y los estatutos y prospectos de la Obra de los niños enfermos, acabó de disipar la tormenta y Pedro Izoard no tuvo ya más que el embarazo de explicar por qué había ido á casa de Casta.

— Yo la creía á usted instalada en Ivry, mi querida Sofia. ¿Se ha mudado usted pues ?

Sin turbarse ante aquella pregunta bastante inespurada, aunque hecha en el tono más natural y solamente por decir algo, Sofia respondió indicándole la silla que estaba vacía á su lado :

— Sí, he dejado Ivry hace mucho tiempo. La aventura de Lupniak y las visitas domiciliarias de la policía me hicieron tomar en horror el barrio... Pero siéntese usted, señor Izoard.

El viejo no oía y estaba parado sonriendo y acariciándose la barba, signo en él de viva emoción. Al aproxi-

marse á la mesa, entre los libretes y los papeles de que estaba atestada, acababa de encontrarse de repente delante de un retrato de su hija. ¡ Ah ! si no se hubiera contenido ; si hubiera podido coger la querida imagen con ambas manos y aplicársela á los labios !...

— ¿ Se puede saber, querido Izoard, á qué debemos esta visita tan extraordinaria ?... La rusa, al hacer su pregunta, filtraba á través de sus anteojos de oro dos pequeñas llamas verdes... Supongo que no es por Sofia Castagnozoff por quien ha venido usted... Sí, sí, ya sé que guarda usted rencor á esa ladrona de hijas... Pues no tiene usted suerte, porque Genoveva ha ido hoy á trabajar al jardín botánico de Bayon... ¿ Quería usted verla ?

— ¿ Ver á Genoveva ?... No, mi querida Sofia ; quiero por el contrario... Izoard se sentó junto á la mesa al lado de la doctora, y cogiéndole las manos dijo muy bajo : « Por el contrario, si quiere usted complacer á su antiguo amigo, no diga usted á mi hija que he estado en esta casa. Querría saber qué he venido á hacer aquí y yo me moriría de vergüenza si mi pobre hija sospechara... Algún día diré á usted, pero á usted sola, la infamia de que soy víctima, la horrible sospecha que me ha traído ; pero se lo suplico ; que jamás sepa Genoveva... El viejo se interrumpió de repente :... ¿ Y si lo dice la portera ? Porque es la portera, supongo, esa cabeza de perro que ha subido conmigo la escalera... »

Sofia le tranquilizó. Desde que curó á su hijo, Alcide y su mujer eran completamente suyos. Y á propósito de estas buenas personas, acababa de sucederle una aventura muy singular.

Encendió uno de sus gruesos cigarrillos rusos y

siguió hablando rodeada de una aureola de humo:

— Recordará usted, señor Izoard, quién era en mi concepto el delator de Lupniak; y creo que usted también participaba de mis sospechas... Pues bien, no, nos engañábamos; el culpable es el marido de la portera, un antiguo partidario de la *Commune* deprimido por diez años de presidio y al que ha quedado un respeto, un terror hacia los guardias de orden público, que no le permite rehusarles nada. Pero el pobre diablo, cuando vió que yo había curado á su hijo, al que tenían por incurable, ha sido presa de tal remordimiento, que se ha estado semanas enteras metido en su portería sin salir ni hablar con nadie. Por fin, esta mañana, sin poder ya contenerse, fué... subió á verme con su mujer y me pidió perdón sollozando. Le he perdonado á condición de que me ayude á hacer que se escape Lupniak, pues puede usted suponer que he de intentarlo todo para salvarle. Sí, aunque tenga que retrasar mi viaje seis meses, diez meses, no quiero que ese buen compañero vaya á acabar sus días en la Nueva Caledonia y pienso llevarle conmigo á Calcuta como enfermero.

El marsellés se levantó de la silla radiante de alegría.

— No participo de la simpatía que usted siente hacia las fieras, mi querida Sofia, pero en todo lo que estoy oyendo hay una cosa que me complace en extremo, y es saber que Raimundo no ha tenido parte alguna en la detención de ese hombre... Me alegro en nombre de mi amigo Víctor Eudeline, que dió á sus hijos el ejemplo de una muerte heroica, me alegro en nombre de toda esa familia de personas honradas. Después de todo, Tonin tenía razón; su hermano vale más de lo que yo pensaba. No es él el malo, es su generación, una generación de

mandarines letrados y feroces... Pero me estoy aquí charla que charla, y mi hija puede volver...

Aquel rencor que el buen hombre guardaba á la juventud, aquella falta de comprensión de los seres y de las ideas de los tiempos nuevos, que llegaban en él á ser dos mañas, iban á verse sometidas pocos días después á una prueba muy inesperada.

— Querido Izoard, amigo mío, hay que ser justos. ¿Qué diría usted si entre esos jóvenes monstruos?...

Era una tarde de aquel mismo mes de Abril, en el salón blanco y dorado de una antigua fonda de los alrededores de la Bastilla, aquel famoso establecimiento de los *Sargentos de la Rochela*, del que el marsellés hablaba muy á menudo y que fué célebre en el año 48, es decir, en los primeros tiempos del segundo imperio. Antes de sentarse á la mesa y mientras esperaban á algunos convidados que se hacían esperar, Esprit Cornat y su antiguo amigo estaban discutiendo.

— ¿Qué diría usted si en esta generación á mil leguas de nosotros, sin ideal y sin creencias, hubiese yo descubierto un santo, un verdadero héroe?

El antiguo miembro de la Constituyente, alto y delgado, de largos cabellos blancos fuertes y rizosos sirviendo de marco á un perfil de ave de rapiña, estaba hablando de pie, delante de la chimenea. Pedro Izoard, recostado en una butaca baja, con su alegórica barba blanca casi arrastrando, protestó con la mayor indignación:

— ¿Un héroe en la juventud del día, en esta juventud de la clase media educada, que se sabe al dedillo á Kant

y á Hartmann, y á Wagner, y á Nietsche, que se burla de los exaltados del 48, que encuentra justo el 2 de Diciembre y completamente ridiculos á los que pedían el desquite en 1870?... ¿Un héroe entre estos caballos sin sangre? Desafío á usted á que le encuentre...

Bajó la voz y mostrándole al rededor todas aquellas caras de empleados en domingo, todos aquellos obreros endosados en levitas demasiado relucientes, que estaban silenciosos y cortados bajo las arañas y los dorados de aquel pomposo salón de espera :

— Vea usted, dijo, lo que sucede aquí en este momento. Para la despedida de Antonín Eudeline ha reunido usted esta noche á todos sus compañeros de taller, á todos los capataces y hasta al antiguo cajero de la casa Eudeline, el señor Alexis, al que he visto entrar hace un momento cubierto de escarcha y con el mismo abrigo de esclavina que le conozco hace cuarenta años. ¡ Buenos corazones los de toda esta gente! Ni uno solo ha faltado al llamamiento. El único que falta y al que naturalmente buscan con más impaciencia los ojos de Tonín, es su hermano mayor, Raimundo, uno de esos jóvenes de la clase media de que hablábamos.

Cornat, que también miraba con impaciencia hacia la puerta, sonrió con cierta malicia.

— Puede que esté esta noche muy ocupado el joven Raimundo.

— Nada de eso... Se hace esperar porque nuestra reunión no es nada divertida para él; una fiesta sentimental, en un barrio lejano y con un tiempo de perros... Porque debo hacer á usted observar, querido maestro, que estamos hoy á 12 de Abril y está nevando, lo que

indica que hasta la naturaleza toma parte en el des-arreglo y en el enfriamiento general. Ya no existen ni la juventud ni la primavera... Se dirá que divago... Pero cuando tenía yo veinte años los poetas jóvenes titulaban siempre sus primeros versos : « Canciones de Abril » ó « Rimas primaverales », y eso ya no es posible en estos tiempos.

El empleado Alexis, vecino de Belleville gordo y flácido, descolorido por los años, se aproximó tímidamente.

— Me permito recordar á ustedes, señores, que el día del santo de Luis Felipe, el 10 de Abril, la guardia nacional se ponía los pantalones blancos y todo buen parisiense lucía ese día su traje de cúbica.

— Ya tiene fecha esa tela, dijo Esprit Cornat.

El empleado continuó :

— Añadiré que ese mismo día 10 de Abril, por la tarde, se echaban al Sena desde el puente Real unas cuantas parejas de patos vivos que los muchachos trataban de atrapar á nado. Yo gané tres pares dos años seguidos...

El marsellés se echó á reír.

— Vaya usted ahora á echarse al agua con la temperatura que reina.

Un jefe de comedor, calvo y majestuoso hasta el punto de poder presidir uno de los grandes Cuerpos constituidos del Estado, se acercó á preguntar á Esprit Cornat si se empezaba á servir la comida.

— Esperemos aún, respondió el principal de Tonín. El jefe de comedor desapareció por una puerta que ocultó al cerrarse la rápida visión de una mesa inmensa en forma de herradura y cargada de cristales y de flores, que estaba preparada en la sala contigua,

Aquella espera interminable hacía muy desgraciado á Tonín. Ciertamente, la gran comida que daba su principal en honor suyo y que era á la vez acción de gracias por el pasado y un compromiso para el porvenir adquirido delante de todos; la sonrisa cordial de sus compañeros de taller, que conocían tan bien su vida, y la estimación de todos aquellos trabajadores, eran para él motivos de legítimo orgullo; pero todo desaparecía ante la ausencia de su hermano... ¡ Oh! Su hermano mayor, su mejor amigo, faltar á aquella comida de adiós y causarle semejante disgusto! ¿ Por qué? ¿ Porque estaba en compañía de obreros y de capataces? Pero su padre ¿ no habla sido obrero? ¿ No lo era el mismo Tonín y lo sería toda su vida? Además, hacía algún tiempo que Raimundo no era el mismo con su hermano. Cuando el muchacho iba á verte, parecía que huía y que se ocultaba de él. Aquella misma mañana había estado en el *boulevard Saint-Germain* y había encontrado sola á Geneveva distraída, ensimismada y con una frialdad que Tonín no acertaba á comprender en vísperas de una ausencia tan larga; una *tilla* sin la efusión, ni la ternura, que tanta falta le hubieran hecho en aquellos momentos. « Anda, chico, le había dicho; hay otras desgracias más completas que la tuya ». Geneveva, tan caritativa con todo el mundo, le había dicho aquellas palabras con un aire de indiferencia y de sanción que el joven no podría olvidar mientras viviese. ¿ Qué sucedía, pues, en casa de su hermano? ¿ Hasta qué punto eran dichosos? ¿ No se decidiría Raimundo á casarse con ella y la dejaría llegar hasta el fin de su sacrificio? Sobre esto y sobre otras varias cosas tenía la intención de pedir explicaciones á su hermano aprove-

chando la efusión de los brindis y la vuelta con él á lo largo del río, por la noche, para hablarle como nunca se había atrevido á hacerlo. ¿ Qué iba á hacer si Raimundo faltaba á la comida?

El jefe de comedor apareció otra vez solemnemente y se acercó á Cornat, que le dijo algunas palabras en voz baja y le siguió á la sala inmediata.

Hubo un momento angustioso, durante el cual hasta pareció que palidecían las luces, y una expresión de duda en todas las miradas, vueltas hacia Antonín, que, muy conmovido, revolvía la cabeza en el cuello de un frac en el que podía desaparecer por completo y parecía responder á la concurrencia con el mudo temblor de sus gruesos labios y de sus ojos vacilantes: « No sé más que vosotros. »

De pronto se abrió la puerta de par en par, con aires de ceremonia, y en el espacio luminoso y florido que ofrecía la sala del banquete y su enorme mesa, se vió al antiguo constituyente en toda su alta estatura y al lado suyo rubio bigote y joven soldado de infantería de marina que decían bajo las arañas.

— Amigos míos, dijo el anciano con voz fuerte y segura; os presento á Raimundo Eudeline, enganchado voluntario en el 5º regimiento de infantería de marina y en honor del cual os he reunido esta noche, porque este valeroso muchacho va á ser soldado en lugar de su hermano y á él le debemos el conservar entre nosotros á nuestro compañero de taller.

Una tempestad de bravos y de aplausos saludó á aquel rasgo heroico aun antes de que fuera bien comprendido por todos. Tonín, blanco como un sonámbulo,

bulo, vacilaba sobre las piernas y extendía los brazos. Su hermano se acercó á él, le cogió ambas manos y le dijo, en medio de los aplausos más fuertes cada vez:

— Nuestra hermana Dina tenía razón, Tonín; el verdadero sostén de la familia, el verdadero hijo mayor de viuda eres tú. Yo era el jefe honorario; lo he comprendido un poco tarde, pero lo he comprendido. Ya no serás soldado, mi querido Tonín; mi presencia en el ejército te hace libre.

Después dijo, volviéndose hacia el veterano del 48, que se aproximaba con el triunfante *Esprit Cornat*:

— ¿ Me perdona usted la pena que le he causado con mi libro, señor Izoard?

El marsellés, fuera de sí de emoción, buscó una respuesta expresiva. Se le ocurrieron textos griegos y latinos, y también provenzales, cantos heroicos y viejos *clisés* de sus tiempos de profesor.

Por fin abrió los brazos en toda su longitud, apretó al héroe contra su pecho y dijo con la cara roja y congestionada y dos gruesos lagrimones en la mejillas:

— ¡ *Bonn bougré!* (1).

Los que conocen el pueblo del Mediodía de Francia y saben sus verdaderos gritos, sus impulsos espontáneos, comprenderán que Pedro Izoard no podía encontrar nada más típico para expresar su admiración.

(1) Buen tipo.

XIV.

UN DÉBIL

En alta mar. Estrecho de Bonifacio.

« Te envío mi confesión. Escrita para ti, para ti solo, Antonín mío, mortifica mucho á mi orgullo, pero lo alivia también. No me iré disfrazado con una máscara hipócrita y aclamado como un héroe cuando en el fondo no soy más que un cobarde. Tú, al menos, conocerás la verdad, tú, cuya ternura ha sabido siempre perdonarme y á quien me atrevo á decirlo todo.

« Un cobarde es, acaso, demasiado fuerte. Mauglas lo era; pero yo, aunque he retrocedido ante todos mis deberes, no he descendido como él á la última degradación. Digamos que soy un débil, especie abundantísima, y aun con la disculpa de que mi debilidad data de la muerte de nuestro padre. Aquella trágica sacudida, demasiado violenta para unos niños, te ocasionó á ti alteraciones en la palabra y á mí, aunque nada aparente, un desconcierto del organismo. ¿ Cuál fué ese daño? No sabré decirlo. Muy inteligente hasta entonces en mis estudios y muy ufano con mis éxitos, no he sido después más que un escolar mediano, tan aplicado como antes, más orgulloso aún, si es posible, pero sin poder jamás

llegar al fin de mis esfuerzos. ¿ Era la voluntad la que resultó herida por el golpe fatal? Es probable, pues desde aquella época me parece que sólo ha vivido en mí la parte exterior, la superficie. Dentro, estaba todo vacío, hueco, como esas profundidades que socava el mar, allá, enfrente de nosotros, en la brillante negrura de las rocas volcánicas, bajo las blancas casas de Bonifacio.

« Á pesar de todo, la época del liceo me ha dejado un recuerdo delicioso, porque la existencia estaba en él sometida á reglas fijas y tanto el trabajo como el recreo eran obligatorios. Me decían : « Á la derecha... Á la izquierda... » y yo obedecía con delicia, saboreando la sutil alegría de ir en la fila. Mientras todos mis condiscípulos parecían tan alegres cuando dejaban el colegio, yo recuerdo el placer que experimenté cuando se decidió que pasaría en él unos meses más á fin de prepararme para la Normal. Y era que además de las ventajas de la vida automática, aquella prolongación de mi estancia en el liceo, aplazaba el momento de las terribles responsabilidades que mi padre me había legado al morir.

« Aquel deber que yo tenía la convicción de no poder cumplir jamás, era mi preocupación constante. ¡ Oh! qué terror dejó el drama *Hamlet* en mi imaginación de muchacho... ¡ Cómo amaba y cómo compadecía yo á aquel joven y desgraciado príncipe!... Á *Hamlet* y á la *Cariátide aplastada por supiedra*, un admirable mármol de Rodín que estaba siempre en la mesa de despacho del ilustre Marcos Javel y que le seguía como un fetiche á los innumerables ministerios donde le visitábamos Pedro Izoard y yo... Sí; la expresión dolorosa de aquella cara de mujer bajo el enorme y duro monolito que la aplastaba y la sonrisa desolada del príncipe de Dinamarca eran los

Jos símbolos terroríficos que durante toda mi juventud me representaban mi misión futura en la vida. Como ves, había tomado en serio la herencia paterna. ¿ Por qué no he logrado mejor mi empeño teniendo tan buena voluntad? Hemos acusado á las detestables herramientas que tenía en la mano, á la dificultad de alimentar una familia con latín y con filosofía, y nos hemos equivocado. No era la herramienta, sino el obrero, los brazos, lo que no tenía la fuerza suficiente. Mi orgullo no ha querido reconocer esto hasta el fin.

« ¡ Ah!... ¡ Qué ironías tiene la existencia! Todos en nuestra casa, en tu taller, mi querido Antonín, en las oficinas de la Guerra, en las que estuvo conmigo el señor Esprit Cornat para facilitarme un pronto embarque, en todas partes he sido felicitado y elogiado : « Está muy bien lo que usted hace, joven ». ¡ Lo que yo hacía! Lo que yo hacía, sencillamente, era poner tierra por medio... huir de las responsabilidades y de los deberes, fardos demasiado pesados para la pobre cariátide y que yo no podía sostener; huir de la perspectiva de un matrimonio, de la mujer, del hijo, porque Genoveva será pronto madre y he visto de antemano los ojos de Izoard flechados en mí y diciéndome : « Ó te casas con mi hija, ó te mato. » Esa doble amenaza me ha hecho huir. Me sentía incapaz de esa situación que temo casi tanto como la muerte; un nido, un hogar que construir, unos hijos á quienes educar, el deber de darles ejemplo y de elegirles carrera... He tenido miedo de todo eso y he retrocedido... ¡ Si supieras cuántos jóvenes hay como yo!

« De tu último viaje á París para el juicio de exenciones data mi proyecto de marcharme en tu lugar. Después de tantas intenciones y de tantos esfuerzos estériles en

literatura, en medicina, en política, pensé que de este modo al menos serviría para algo. La *titta*, cuando habló la primera vez de ese proyecto, me dijo solamente: « ¡Pobre muchacho! .. » Ni una palabra para ella ni para su hijo... ¿Qué habrá pensado al verme marchar? ¿Me admiraría ella también? ¿Creería en la sublimidad de mi abnegación? Lo dudo mucho... Ella sabía mejor que nadie mi debilidad puesto que desde el primer día me amó por eso mismo. Madre más que mujer ó querida, siempre he sido para ella su « pobre muchacho ». Viéndome sin fuerzas para cumplir mi misión, quiso ayudarme y se sacrificó por mí hasta el último extremo. ¡Oh! te lo ruego, Tonín, no la abandones. Á ti te la confío. Dentro de poco tiempo, el casamiento inverosímil de nuestra pequeña *Cendrillon* te hará menos pesada la manutención de la casa, pues una vez que Dina se haya convertido en la señora de Jacquand, no dejará á nuestra madre detrás de un mostrador. Piensa entonces en la *titta*, tan buena, tan generosa; piensa en mi hijo. Recuerda que ella ha tratado de hacerme ser un hombre y no lo ha conseguido. Acaso lo logréis entre los dos con el pobre pequeño que va á venir al mundo.

Te escribo sobre mi mochila de soldado, en la proa del *Iraouaddy* y con un tiempo de vinagre, como dice esta gente. No extrañes que mis frases y mis patas de mosca resulten atropelladas... Por influencias del senador Tony Jacquand y de tu principal *Esprit Cornat* he conseguido, entre otros favores, que no me hagan detenerme en el depósito de Tolón y me permitan marchar en derecha á la Cochinchina, donde está destacado mi batallón. Allí haré la vida de autómatas que á mí me gusta: « ¡Una, dos! ¡Una, dos!... ¡Derecha, izquierda! » sin

tener ni la responsabilidad de un galón de cabo. Y para compensar la monotonía de la vida, una nueva decoración, gigantes verdoros, ríos que huelen á almizcle y la magia perpetua del peligro...

« Y ahora que hablo de peligros; mi vecino de sobre cubierta, un soldado de la legión extranjera, acaba de enseñarme en estos terribles pasos de Bonifacio en que acabamos de entrar, y sobre una roca á flor de agua, una piedra sepulcral realzada por una cruz. Aquí fué donde, en la guerra de Crimea, se perdió la *Semillante* con mil hombres, á quienes se encontró muertos en este islote de los *Lavezzi* cogidos unos á otros, en montón, por racimos, y fueron enterrados en el sitio mismo del naufragio. Aquí tienes unos muertos á quienes nadie visita y unas tumbas cuyas flores no se deben renovar con frecuencia. Se debe estar aquí bien para dormir y es tentador este pequeño *Père-Lachaise* en pleno mar. Por lo menos no se corre el riesgo de que nadie venga aquí á fusilar gente ó á emborracharse y pelear, como en los cementerios de París...

« El viento tempestuoso que soplaba desde esta mañana se ha calmado repentinamente, pero la mar sigue gruesa y se levantan olas enormes bajo un cielo inmóvil azul oscuro y sin un soplo de aire. Hay instantes en que el navío se pone derecho hasta el punto de que parece que los pasajeros del puente, repartidos por la proa, se van á escurrir hasta los *rockings-chair* de primera clase... Figúrate, querido Tonín, que hace un momento, en una de esas rápidas ojeadas que se echan á todo el navío cuando se levanta y se nos muestra de un extremo á otro, he creído distinguir en la popa, en medio de un grupo de beatas con velo negro, la silueta de la señora

de Valfón, y más cerca de nosotros, entre los enfermeros de mandiles blancos con cruces rojas y narices de Kalmucos que me recordaban á Lupniak, la cara cuadrada y grasienta de nuestra doctora, con sus gafas de oro y un sombrerillo de flores amarillas... En cuanto á Sofía, es ella, estoy seguro... Recuerdo que poco antes de salir de París, leí un artículo que anunciaba el próximo embarque para Bombay de la misión de la doctora Castagnozoff y citaba entre los catequistas misioneros á la de Valfón, desesperada por la muerte de su hija. Según el periódico, para impedir al exministro de negocios extranjeros, afectado por el mismo duelo, embarcarse también y dedicarse á los niños enfermos, había sido preciso un gran esfuerzo de todos sus amigos, los cuales le hacían presentes los servicios que podía prestar aún á su país, la escasez en que nos encontramos de hombres de Estado y, por fin, el carácter demasiado clerical de una obra, humanitaria sin duda, pero fundada bajo el patronato de Dom Bosco. No era aquel el sitio de un gran maestro de la masonería. El artículo me hizo reír, porque reconocí el estilo declamatorio y gesterero del antiguo redactor del *Galoubet*. Pero ese campeón del Grande Oriente está muy atrasado con su anticlericalismo. El reloj de Marcos Javel está mucho más en hora. ¿Te acuerdas del día en que enterraron á nuestro padre? El Marcos Javel de aquella época no entraba en las iglesias, y en el entierro de Florencia Marqués, mientras Valfón se paseaba por la plazoleta que hay delante de Santa Clotilde, el otro estaba dando tormento á la frente y á las rodillas en las losas del coro al lado del joven perverso, del delicioso Wilkie, muy al corriente también de la fiara en que vive y que sabe que la república científica de

Augusto Comte ha pasado por ahora. ¡Ah! Pedro Izoard tenía razón; el más listo de todos es Marcos Javel, el hombre correcto, que flota á merced de los vientos y de las corrientes y no sirve á nadie ni á nada, pero sabe producir la ilusión, que nosotros hemos conservado tanto tiempo, de que se puede contar con él. Ése irá seguramente más lejos que los otros, porque sin tener ninguna superioridad, con la elocuencia de un viajante de comercio y los conocimientos de un presidente de círculo de una provincia, sabe representar bien su papel. Y luego, Marcos Javel no sabe latín, lo que es acaso el secreto de su fuerza.

« Tonín, *titta*, os lo suplico; que mi hijo no sepa latín. Que no haga estudios clásicos. Mi padre me hizo desgraciado cuando pidió para mí lo contrario. »

.....

FIN



